

## NUESTRO LARGO SIGLO XIX

Rogelio Altez

*Universidad Central de Venezuela/Universidad de Sevilla*

Manuel Chust

*Universitat Jaume I, Castellón*

Las definiciones de la ciencia social son irreales y tienden a asumir la existencia de una clase universal de revoluciones (o un solo tipo ideal de revolución) siendo necesario establecer los criterios de pertenencia a esa clase universal.

Eric Hobsbawm

Ante la palabra revolución los ultras de 1815 se tapaban la cara; los de 1940 se sirven de ella para camuflar su golpe de Estado.

Marc Bloch

Periodizar no es otra cosa que enmarcar el tiempo entre problemas. Se trata de un recurso metodológico a través del cual nos damos a la tarea de interpretar los procesos históricos. Con ello huimos de la simple cronología, pues solo con calendarios y fechas poco se comprende al respecto. Inherente a la Historia, no obstante, la periodización es un recurso escaso. Ardides de sim-

plezas, las cronologías, las fechas redondas y los lapsos perfectos se encuentran muy lejos de nuestros objetivos.

Del mismo modo también nos alejamos de las secuencias que, siempre con arreglo a fines, son armadas para describir al pasado cabalgando a hombros de ciertos personajes o cobrando significados únicamente por el efecto de algunos hechos. No son los nombres más fulgurantes de los relatos tradicionales ni los hechos cuidadosamente escogidos por ese relato los que hacen la historia. Por el contrario, hombres y hechos son productos históricos y, por tanto, productos sociales. La lógica interpretativa ha de recorrer entonces un sentido inverso al tradicional. Son sus problemas, los problemas de la historia y de la sociedad, los que nos permiten comprender analíticamente a los procesos en donde todo esto sucede. El tiempo de las revoluciones, que nos interesa aquí, escapa de las cronologías en el sentido antes aludido; no posee ritmos mecánicos ni programados, sino complejamente sociales. Es un tiempo que toma distancia del *cronos*, sí, pero empuja al historiador a un arduo esfuerzo cuando se da a la tarea de periodizar.

Fue Marc Bloch quien señaló explícitamente por primera vez que la atención interpretativa de la historia no tiene por qué coincidir con fechas de cifras redondas. “En pocas palabras, parecemos distribuir, de acuerdo a un riguroso ritmo pendular arbitrariamente escogido, realidades completamente ajenas a esta regularidad. Es un reto que naturalmente enfrentamos muy mal y no hemos hecho sino añadir una confusión más”, decía.

Nada ocurre motivado por las divisiones de un calendario; no son las décadas ni las centurias las que mueven a la sociedad a través del tiempo, ni la causa de sus transformaciones, conflictos, tensiones, evoluciones, contradicciones, disputas e, incluso, luchas. “Evidentemente hay que emprender una mejor búsqueda”, concluía el maestro francés.<sup>1</sup>

Sobre la base de estas premisas hemos pensado en aproximarnos a un siglo XIX que trascienda su cronología, y por ello comenzamos a verlo más allá de

<sup>1</sup> Bloch (1993: 169 para las dos citas). Elocuente resulta Carlos A. Aguirre Rojas cuando dice: “Nada realmente importante aconteció ni en 1300, ni en 1400, ni en 1500 o 1600, etc.” (Aguirre Rojas, 2005: 26). Sobre la periodización como herramienta de interpretación histórica ya había dicho Witold Kula lo siguiente: “La periodización de la historia representa a la vez una síntesis del conocimiento histórico y su instrumento. La periodización utilizada como instrumento lleva constantemente a la nueva corrección de la periodización como síntesis” Kula (1977: 95).

su centuria. La exploración de esos derroteros que van tras los procesos y los problemas, y no únicamente los hechos y protagonistas individuales, ha tenido, a su vez, grandes representantes. Una de las primeras menciones a un 'largo siglo' provino de Fernand Braudel y su genial "largo siglo XVI", periodo que estiró desde 1450 hasta 1650, doscientos años que no se enclavan, precisamente, en ninguna fecha del 1500. Emmanuel Le Roy Ladurie habló del "largo siglo XIII", aunque su extensión fue, incluso, menor a la centena, pues enfocó el asunto entre 1294 y 1324. Aquí trasegamos el periodo de la mano de Eric Hobsbawm y su "largo siglo XIX", que enmarcó entre 1789 y 1914, dividido en las tres entregas que conforman su gran obra. Su advertencia sobre *La era de las revoluciones*, que ubicó en el primero de esos libros entre 1789 y 1848, se ensancha en el tiempo y en el espacio cuando nos aproximamos al contexto de los estertores de una América hispana que va cediendo terreno ante el surgimiento de Latinoamérica.

Y en este sentido sigue siendo pertinente destacar la clamorosa ausencia, en la mayor parte de las Historias Universales que abarcan estos "tiempos de revolución", de las revoluciones de independencia acontecidas en América Latina entre 1804 y 1830. Es decir, mientras que en Europa tras el Congreso de Viena en 1815 se proclama el triunfo de las restauraciones de las Coronas absolutistas, en el otrora "Nuevo Mundo" triunfa el sistema liberal y constitucional en sus formas republicanas. Todo ello, sin embargo, es omitido por los relatos historiográficos más tradicionales, e incluso por los más críticos; tildar estas omisiones como eurocentrismo, pensamos, es solo abordar la cuestión desde una visión muy simple del problema.

En el recorrido de estos senderos interpretativos, hemos perfilado aquí un largo siglo XIX enmarcado en revoluciones y ajustado a problemas históricos especialmente latinoamericanos, pero no por ello desprendidos de los procesos mayores que englobaron la época y sus contextos: el ascenso del pensamiento liberal-burgués, la quiebra de los imperios ibéricos, la nueva expansión europea, la consolidación del capitalismo, el avance de la revolución industrial, los romanticismos discursivos, las ideologías nacionales, en fin, la cristalización de nuevos sentidos que acabaron dando forma y contenidos a una humanidad que entonces se estaba occidentalizando cada vez más aceleradamente.

"Nuestro largo siglo XIX" se encuentra pleno de revoluciones: intensas, dilatadas, sangrientas, pero también breves, incruentas, pactadas. Arde entre naciones recién fundadas, urgencias políticas, proyectos que se hacen y rehacen casi a diario, como lo representan los casos del Río de la Plata, la República de

Colombia o Chile. Corre entre Haití y los primeros centenarios, entre las consolidaciones y triunfos de las independencias en los años veinte y la Revolución mexicana, entre el cese del modelo colonial y los últimos vagones de la modernidad. Cuenta con contradicciones, pervivencias coloniales y vestigios antiguo-regimentales que veremos en este volumen, como Cuba y Brasil, por ejemplo; y enseña interminables recorridos de avances y retrocesos dentro del indetenible camino hacia la construcción de la nación y de su Estado, aspectos claramente ilustrados con las reformas juaristas emprendidas en el México de la segunda mitad del siglo XIX, los aires modernizantes de Guzmán Blanco en Venezuela, o el afán de orden que Portales extendió en Chile.

Generalmente descritas a través de sus hechos, las revoluciones asoman transformaciones sociales y sugieren proyectos políticos, manifiestan conflictos y disimulan intereses. Su inmensa complejidad las convierte en objetos transversales, múltiples, pero a la vez son unidades indivisibles en su significación histórica y social. Estallan en sus contextos con estridencia y viajan en el tiempo sobre la memoria, la historiografía, las conmemoraciones, las celebraciones, los monumentos y hasta en billetes y nombres de importantes avenidas. Flotan en forma de legados, de revoluciones institucionalizadas, momificadas, embalsamadas, cauterizadas. Y ahí, la Historia como plataforma y vehículo, en especial cuando torna en oficial y hegemónica, resulta fundamental para inventar y luego cimentar relatos legitimistas que se vuelven “invariables”. Otra cosa ha de ser, desde luego, la deconstrucción de todo ese entramado de contradicciones y fijezas, aunque la ingrata y tediosa tarea de desempolvar la pesada losa de la Historia nacional y nacionalista resulte un compromiso insoslayable.

Ese viaje en el tiempo, ese desplazamiento convertido en memoria, es un espejo distorsionante de su significación original que también significa algo: nos dice de sus efectos a largo plazo, de sus representaciones, de las omisiones, de las distintas formas en las que aquellos hechos fueron convertidos en símbolo, en nexos con el pasado, en identidades o en hiatos insoslayables que parten los tiempos en dos.

Contamos las revoluciones por sus éxitos, pero también hemos de contarlas por esos significados y distorsiones, por sus efectos socializadores, ideológicos, usos políticos, por sus invariabilidades y mutaciones, por las incontables formas en las que retornan y hacen las veces de fantasmas, tan importantes en presencia como en ausencia. Como fantasmas, eventualmente amenazaron con recorrer Europa, y fueron también utilizados e inventados por sus antagonistas de costumbre.

Para toda investigación las revoluciones suponen problemas, tanto de interpretación, como en sus figuraciones y representaciones más conspicuas. Se revelan como hechos políticos y sociales, como procesos, ideologías, memorias colectivas, relatos inescrutables e, incluso, como nodos historiográficos que articulan o zanján tendencias y corrientes de pensamiento. Como quiera que se enfoquen, las revoluciones son problemas históricos, siempre.

En América Latina este siglo de revoluciones nos deja una particularidad que, con diferencia, resulta característica de ese contexto cuando se trata de las independencias: el efecto de romper con algo más que el Antiguo Régimen, pues se deja atrás el modo de organización que le dio sentido a su existencia como sociedad desde su implantación original. Este corte, que se figura abrupto y se interpreta como necesario, halla en las revoluciones un recurso justificado y aprecia en ellas a la nación en su apogeo. No obstante, es algo más que un corte y está muy lejos de ser la gloria de los pueblos. Con todo, su efecto seductor y envolvente alcanza a perfilar las miradas que se posan en el problema y, por lo general, se olvida el hecho de que esas revoluciones ocurrieron en el propio contexto que se da por desahuciado, allí en el cese de la colonia, pero aun formando parte de ella, de su cesura, de su extinción.

El tiempo de aquellas revoluciones comienza mucho antes de sus manifestaciones como hechos consumados, pues tales hechos no son otra cosa que aquel modelo estallando en mil pedazos. No es la modernidad que toca a la puerta ni el efecto cautivador de la Ilustración; son las propias sociedades que están dando cuenta del desgaste de ese modelo, de sus tensiones y conflictos, los mismos que antes se resolvían en favor del pacto colonial y que ahora no hallan derroteros resolutivos a sus contradicciones.

En el cómo se desarticula el modelo colonial ibérico se encuentra la explicación de su desaparición, y no necesariamente en el por qué. La respuesta a ese “por qué” es aún más sencilla: porque ningún modelo de dominación, ningún orden social, ningún modo de producción ha de durar para siempre: son formas históricas. Se desgastan, cesan en su eficacia y se derrumban desde sus propios conflictos y problemas.

Si bien es cierto que el binomio condiciones objetivas–condiciones subjetivas no alcanza a explicar analíticamente las situaciones revolucionarias, no es menos cierto que las propuestas idealistas per se, cifradas en varias nomenclaturas de aparente renovación historiográfica, han dejado de estar de moda y de obligada cita, muchas veces estereotipada, tras su emergencia en los años noventa del siglo pasado como recambios metodológicos a las interpretacio-

nes “sociales”. Ha sido así, cuando menos, hasta la crisis del capitalismo del siglo XXI, que se ha llevado por delante en corto tiempo a buena parte de los idealismos y corrientes teóricas de la centuria anterior.

A pesar de las múltiples y diferentes perspectivas de aproximación al problema, ya sean ideológicas o metodológicas, idealistas o críticas, se busca en una revolución a la transformación de una sociedad. Aun cuando los paroxismos estremecedores nos seducen, lo cierto es que la transformación de las sociedades y de sus formas de organización a través del tiempo es una condición inexorable en la historia, pues es una condición humana, propia de la dinámica de su existencia.

Una formación social no desaparece nunca antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen relaciones de producción nuevas y superiores antes de que hayan madurado, en el seno de la propia sociedad antigua, las condiciones materiales para su existencia. Por eso la humanidad se plantea siempre únicamente los problemas que puede resolver, pues un examen más detenido muestra siempre que el propio problema no surge sino cuando las condiciones materiales para resolverlo ya existen o, por lo menos, están en vías de formación.<sup>2</sup>

Las revoluciones en Latinoamérica, desde las independencias hasta las que en los siglos XX y XXI pusieron en entredicho el crecimiento desigual y subordinado al capitalismo, nos enseñan las condiciones en que las diferentes formas de dominación se derrumban, y en su contenido hemos de encontrar los porqués del caso, pues allí se hallan las causas del cese y de la extinción de esas formas.

Esta lógica nos permite comprender, por ejemplo, que las naciones latinoamericanas no se fundaron por la modernidad ni por la alucinada preexistencia de las identidades, sino por el resultado de un proceso social e histórico que halla su momento de mayor paroxismo en medio de esas revoluciones; no había nación ni nacionalidades antes de sus decretos. Surgirán de la transformación de esas sociedades y, contrario a la lógica que ve en ellas un efecto de la modernidad, esas naciones la conforman y son determinantes en su advenimiento.

Acaban articuladas, atravesadas e impulsadas por la metamorfosis que la cultura occidental está viviendo en ese momento. Son vehículos, ciertamente,

<sup>2</sup> Marx ([1859] 1989: 7).

de esa transformación, del discurso liberal-burgués, del redespigüe del mercado, del nuevo sentido de riqueza llamado capital. Su proceso de acomodo y de interminable lucha por la estabilidad en cada nación dará cuenta, a su vez, de sus diversas formas de articulación con esa mutación de la cultura y expresará la particularidad de las mismas.

Esas revoluciones, como todas, son indicadores tanto de procesos más amplios como de mutaciones cualitativas singulares. En el caso de las independencias, vemos en ellas la transformación de las sociedades coloniales en repúblicas que tienen a la nación como destino. Subyacen allí aspectos concomitantes, convergentes con el contexto de ebulliciones en el que estaban teniendo lugar, que acompañarán a la vida cotidiana de esas sociedades: oligarquías, militarismos, caudillismos, marasmos de condición elástica capaces de transformarse sobre sí mismos una y otra vez.

En el contexto latinoamericano, las revoluciones de independencias acabaron convirtiéndose en símbolo de las naciones, en mitos genésicos; pero también en evocación, ya por la vía del discurso nacionalista en todas sus expresiones o bien a través de las diferentes manifestaciones políticas y levantamientos que, en adelante, habrían de figurar la necesidad de “corregir” rumbos, de “retomar” caminos extraviados, de “rescatar” a la nación o bien de “refundarlo” todo. El efecto de aquellas revoluciones devino en ideología, la misma que en el presente todavía observamos como convocatoria en todos los gobiernos de turno.

Las independencias dotaron de un fondo simbólico inagotable a los Estados nacionales latinoamericanos, y su uso ha sido beneficioso para todas las formas de gobierno y de dominación practicadas desde entonces. Rebeliones, levantamientos, restauraciones, revoluciones de antes y ahora, pisan firme sobre esa plataforma simbólica que parece repetirse siempre con arreglo a determinados fines. Le ha sido útil a derechas y a izquierdas en los siglos XX y XXI del mismo modo que lo fue para caudillos y dictadores en el pasado.

Quizás convenga decir que con las independencias no se terminan ni se logran todos los objetivos trazados, pues la nación, una vez “liberada”, debe constituirse, y esa tarea en especial tardó, en los casos latinoamericanos, hasta más de un siglo según el país que se observe. La promesa de orden y progreso, de una sociedad igualitaria y justa, aquella bandera que ondeó entre batallas y declamaciones, se volvió un horizonte cada vez más lejano, y quizás por ello volvería a ondear, una y otra vez, entre caudillos y partidos, en medio de cada cimbronazo con el que se sacudía a la sociedad por la toma del poder.

Se ha hablado, hasta el hastío, de la “anarquía” que produjo el derrumbe del orden colonial, y no solo por una historiografía conservadora y anhelante siempre de explicar la historia en clave de estabilidad como un hecho positivo en sí mismo, sino también por parte de herederos de ciertos marxismos, no sospechosos de tales premisas. Pero habrá que decir que en los casos europeos también ocurrió algo similar, comenzando todavía mucho más tarde, como por ejemplo sucedió con Italia, Alemania o Rusia ya en el siglo xx.

Mientras algunos Estados latinoamericanos celebraban el centenario de su surgimiento, otros se debatían en medio de revoluciones o conflictos (interpretados como disputas entre caudillos), lo que es indicador de que la independencia no supuso la manifestación unitaria de una nación que despertaba ni tampoco fue suficiente solución para la estabilidad de aquellas sociedades, tal como se esperó desde sus promesas y se reiteró con sus evocaciones. El retorno de rebeliones, revoluciones y levantamientos con los que se coloreó este largo siglo xix lo expresa claramente, aunque todas esas manifestaciones tuviesen, como en efecto tenían, otros apellidos, otras fuerzas sociales en beligerancia, otros programas políticos.

Por otro lado, las revoluciones hispanoamericanas que condujeron a las independencias no pueden ser observadas únicamente desde una lógica interpretativa américo-centrada, pues de esa manera se estarían obviando los hechos, decisivos también, que tuvieron lugar en la metrópoli y en toda Europa. No solo nos referimos a la ocupación napoleónica, sino también a los propios conflictos políticos que ocurrieron en la Península Ibérica: las Cortes, los debates sobre las posesiones ultramarinas, la algidez de una praxis política que va creciendo y se va transformando en peso desequilibrante a partir de entonces. El liberalismo ya dejaría de ser un tipo de pensamiento para comenzar a jugar un rol político, práctico y decisivo en los destinos americanos, al igual que en el resto del mundo occidental.

Por todo lo dicho y lo que queda por decir, consideramos pertinente fundar un debate historiográfico y analítico con las interpretaciones que ven en las revoluciones hispanoamericanas a la modernidad como su fondo más determinante. Creemos que no basta con observarlas como un efecto de la transformación que la cultura está viviendo en ese momento, sino también como un aspecto constitutivo de tal cosa.

Pensamos que las lógicas que anclan sus interpretaciones sobre ámbitos geográficos que figuran epicentros culturales han equivocado los caminos. Ni las revoluciones son consecuencia directa y excluyente de la modernidad ni la modernidad es un “fenómeno” exclusivamente europeo. La Ilustración, como

el discurso liberal-burgués y el capitalismo, no son virus que se inoculan por contacto. No existió tal conversión al occidentalismo por la seducción de las ideas. La modernidad, o bien el modo de producción capitalista y todos sus efectos, son productos históricos y no espíritus de una cultura o cierto continente, ni mucho menos del mundo o la humanidad.

Si bien la occidentalización del mundo es una realidad histórica innegable, esto no sucedió por coerción, hipnosis o abdicación ante la “razón”; la modernidad es el resultado histórico de un proceso que tuvo lugar en muchos contextos, no únicamente en el Mediterráneo. Lo que sucede en el Mediterráneo no está pasando en un planeta distinto al resto del globo, sino en el mismo mundo que ha contribuido decisivamente al surgimiento de las ideas revolucionarias que se despliegan en Europa. La lectura que supone a la globalización de Occidente como un efecto mecánico de la expansión europea del siglo XV olvida que a través de esa expansión se articuló al planeta, antes que someterlo, y a la vuelta de unos tres siglos de relación, y no solo explotación, adviene la modernidad. Observar la modernidad como un “fenómeno” únicamente europeo es negar el proceso histórico que mundializa a la cultura occidental. Su mundialización, de hecho, no puede ser entendida como el paso de una aplanadora que destruye todo mientras rueda, sino como un proceso histórico: complejo, contradictorio, multivariabilizado y plurideterminado: en fin, dialéctico.

Las revoluciones, del mismo modo, son productos históricos que deben comprenderse en el seno de las sociedades en las que ocurren, al tiempo que articuladas con los contextos (simbólicos, concretos, ideológicos, filosóficos, políticos, económicos, sociales, materiales) que las envuelven y condicionan. Estos contextos, desde luego, son elásticos y se estiran mucho más allá de los espacios en donde tienen lugar los hechos. No son las revoluciones hispanoamericanas un efecto de la modernidad, ni la modernidad ocurre convenientemente antes de las revoluciones, tal como si estas fuesen el resultado teleológico de aquella. Todo formó parte del mismo proceso, y he aquí la complejidad analítica del problema.

Como la modernidad o el modo de producción capitalista, las revoluciones son heterogéneas, y no por coincidir con una época han de ser iguales entre sí o representar procesos homólogos.<sup>3</sup> Su contemporaneidad significa algo,

<sup>3</sup> No somos originales en esta observación, aunque siempre conviene ser insistentes en esta perspectiva; hace poco también lo indicó Stefan Rinke: “Todos estos procesos fue-

desde luego, pues tienen lugar en ese contexto macro y elástico que supone a la cultura occidental envolviendo al mundo en su despliegue moderno-capitalista-liberal; pero ese significado está lejos de ser el alucinado efecto mecánico y viral que imagina a las revoluciones esparciéndose por el planeta desde el epicentro de la razón y las luces. Su significación, por el contrario, la hallamos en su rol constitutivo y conformador de dicho proceso, tan determinante para Europa como lo es Europa para ellas.

Su recorrido, el que observamos en nuestro largo siglo XIX, manifiesta el proceso de cristalización del discurso liberal-burgués, del modo de producción capitalista, de las naciones y sus ideologías, y de todo cuanto forma parte de ese proceso. No obstante, cada una de esas revoluciones significa algo, a su vez, que solo puede tener significado en cada uno de los contextos específicos en donde han tenido lugar. Por ello es que nos resulta analíticamente pertinente observarlas en conjunto, como esa parte conformadora de aquel proceso y todos sus efectos, y en específico, dentro de cada uno de sus contextos particulares, en el seno de las sociedades en las que estallan y se despliegan.

Hallamos una condición análoga a la heterogeneidad y contemporaneidad de las revoluciones hispanoamericanas en el surgimiento de las naciones, coincidentes en el periodo, además. Unas y otras conforman dicho contexto, y no por haberse manifestado casi al unísono han de ser originadas de la misma manera o significar lo mismo. Si se observaran así, entonces habrían de ser apreciadas como *fenómenos*. Ni las revoluciones ni las naciones son fenómenos, pues en ese caso serían objeto de estudio de las ciencias naturales y su lógica se correspondería con períodos de retorno o leyes climáticas, biológicas, geológicas, etc. Revoluciones y naciones son hechos y procesos sociales, por tanto son el resultado de procesos históricos. Es en este sentido que se convierten en nuestro objeto de estudio, y no de otra manera.

El libro que se abre a partir de aquí hurgará en todo esto, en lo particular y en lo universal de cada problema, como en efecto lo representan las revoluciones en sí mismas. Cada uno de los autores y sus trabajos suman criterios y

ron muy diferentes y también constituyeron una unidad. [...] Estos elementos permiten que, para América Latina en ese periodo de tiempo, se pueda hablar de revoluciones —revoluciones en plural, porque la heterogeneidad de los procesos es obvia—. [...] Es decir, no se trata de aportar una metanarración de *una* revolución atlántica, sino de repensar un sinnúmero de movimientos de liberación entrelazados unos con otros” (Rinke, 2011: 15, 21, 25; cursivas originales).

reflexiones al respecto, y nosotros nos sentimos honrados y satisfechos de que hayan respondido a nuestra convocatoria. Les agradecemos a todos ellos su generosidad y esfuerzo, e invitamos a los lectores y colegas a unirse a este debate, que de ninguna manera acaba aquí, sino que ha de proseguir con todos nosotros en adelante, en las aulas, las universidades, las escuelas y departamentos, en las páginas de los libros y en la cotidianidad con que cada contexto nos envuelve a diario.<sup>4</sup>

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio (2005): *Para comprender el siglo XXI: una gramática de larga duración*. Barcelona: El Viejo Topo.
- BLOCH, Marc (1993): *Apología para la historia o el oficio del historiador*. México: Fondo de Cultura Económica.
- KULA, Witold (1977): *Problemas y métodos de la historia económica*. Madrid: Ediciones Península.
- MARX, Karl (1989): *Contribución a la crítica de la economía política*. Moscú: Editorial Progreso.
- RINKE, Stefan (2011): *Las revoluciones en América Latina: las vías a la independencia, 1760-1830*. México: El Colegio de México/Colegio Internacional de Graduados.

<sup>4</sup> El gran ausente en este libro, sin duda, es Haití, y no ha sido nuestra decisión. Convocamos a connotados especialistas en el tema en dos oportunidades, y en ambos casos nos dejaron a la espera. Tampoco cabe duda sobre el problema que representa el tema, escabroso, huidizo, complejo. Estas ausencias, estas renunciadas a sumar criterios en un escenario colectivo dan cuenta sobradamente de ese problema, enseñan que aún está latente, que su complejidad está muy lejos de ser resuelta, y que las voluntades para el caso continúan naufragando en ese mar de olvido al que ha sido enviada la isla y su historia.